

# SERMON

PARA EL DIA

## DEL APÓSTOL SAN ANDRES.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

*Erat autem Andreas frater Simonis Petri unus ex duobus, qui audierant à Joanne, et secuti fuerant eum... Et dicit ei, et adduxit eum ad Jesum.*

Andres hermano de Pedro era uno de los dos que habian oido de san Juan la divinidad de Jesucristo y le habian seguido... lo dijo á su hermano y le trajo á Jesus.

*S. Juan, c. 1. v. 40, 41 y 42.*

Cuando yo leo el Evangelio, cuando registro, examino y reflexiono las cualidades diversas, los caractéres distintos, los méritos y virtudes especiales de cada uno de aquellos primeros héroes de la Religion cristiana, que acompañaron al Salvador en su preciosa y penosa peregrinacion sobre la tierra, no debéis extrañar que á cada cual de ellos aislado de los otros le crea y me le figure superior á todos. Es que la suprema y divina sabiduría del Hijo de Dios, que los eligiera y llamara, habia ya impreso en ellos el sello de sus bondades desde la eternidad, y destinándolos á la mision mas importante, y haciéndolos sus cooperadores y ministros, quiso sin duda que á su vez se cumpliese en todos y en cada uno lo que despues dijo san Pablo: « que habian sido un espectáculo digno de la admiracion del mundo, de los ángeles y de los hombres: » es así mismo que por disposicion tambien divina hay diversos oficios, destinos y grados en la Iglesia, como los hay en el cielo, y diversos méritos en ellos contraídos, y diversas gracias para contraerlos, sin que jamas derogue en nada, ni menoscabe lo que es, hace y merece este, á lo que es, hace y merece aquel; es por último, que separados formaban y eran como las piedras

labradas á parte, todas admirables y hermosas, que juntas cada una en su sitio compusiesen, como componen, el majestuoso edificio de la Iglesia; ó mas bien las preciosas margaritas que debieran adornar las brillantes puertas de la Jerusalem celeste, que despues vió san Juan en Pátmos.

Si hablamos de san Pedro, diremos que en su amor á Jesucristo, y en su dignidad, ninguno le precede ni iguala: si de Santiago, que en su martirio, en la celebracion de los tremendos misterios, en su parentesco con el Salvador, segun la carne, y en la iglesia privilegiada que fundó, es superior y ántes que los otros: si de san Juan, que su pureza, su sabiduría, su elevacion de doctrina y su celo le grangearon distinciones honrosas sobre todos: si del mismo santo Tomas, en fin, hacemos un panegírico, tendremos lugar para ensalzar hasta los grandísimos y saludables resultados de su incredulidad temporal.

En este sentido, señores, no os sorprenderá ya, en manera alguna, que yo hable hoy del apóstol san Andres, como si él hubiese sido el primero de todos, el que hizo el mayor servicio á la Iglesia, el que con mas firmeza, fidelidad, constancia y amor, siguió á Jesucristo é imitó á Jesucristo. Quédese cada cual en su lugar con sus méritos y sus virtudes; pero no se anteponga á Andres, que conoce al Mesías, que le sigue ántes que todos, que instruye y enseña y convence á su hermano Pedro, que le trae por trofeo al apostolado, y es la causa instrumental y motriz de que tenga la Iglesia una cabeza tan distinguida. Esto vale mucho, pero no se puede decir de ninguno; y como este hecho y por el mismo orden tenemos otros en la preciosa vida de este digno apóstol de Jesucristo, y tenemos su muerte tan semejante á la del Salvador, y tan deseada y amada de este santo por lo mismo; y tenemos su predicacion portentosa hasta su último suspiro.

En vano pensaria yo dilatarme en un exordio que os tuviera suspensos y en espectacion del elogio merecido por este santo apóstol, cuando está ya sobradamente cumplido, y habéis penetrado sin duda el todo de mi pensamiento. San Andres fué el primer discípulo del Salvador, fué el primer llamado, y el que enseñó á Pedro la divinidad del Mesías: su celo le hizo seguir é imitar siempre invariablemente á Jesucristo, de suerte que él puede decir, acaso mejor que san Pablo: *sed mis imitatores, como yo lo soy de Cristo.* Oíd todo lo que en breves palabras



comprende su mérito singular, aunque parezca ser comun á los otros: *siguió á Jesucristo*. Única proposicion, que ha de ocuparnos en su elogio, para que le admiréis y procureis imitarle.

Dios y Señor misericordioso, que por medio de tu unigénito Salvador de los hombres quisiste formar el colegio apostólico para base y cimiento en que se apoyasen los cristianos, miembros dichosos de tu santa Iglesia: dadme vuestra divina gracia para que yo pueda hoy presentar dignamente á la consideracion de mi auditorio, los méritos singulares que contrajo siguiéndote, el primero á quien llamaste, el ínclito y siempre venerable Andres. Sea por intercesion de vuestra santísima madre y madre nuestra, que tambien fué el objeto de su cariño, mientras para alcanzar la gracia la saludamos diciendo: *Ave Maria*.

Si alguno no toma su cruz y me sigue no es digno de mí, dice Jesucristo en el Evangelio. Basando pues nuestras reflexiones en esta eterna verdad, y aplicándola al santo apóstol Andres, veremos que él fué siempre digno de Jesucristo, porque siempre le siguió con su cruz. Le siguió ántes que los demas apóstoles, con los demas y despues de la resurreccion del Señor; le siguió como discípulo suyo, y como su apóstol: le siguió cuando todavía no le seguia nadie, cuando le seguian otros, y despues cuando ya no estaba en su presencia. Yo quiero, señores, que para fijar bien las ideas y los términos, llamemos á san Andres discípulo admirador de Jesucristo, discípulo apóstol de Jesucristo y discípulo predicador de Jesucristo: aunque si bien se mira, siempre y en todos los casos lo fué todo á la vez.

El precursor Juan Bautista fué enviado por Dios al mundo para preparar los caminos al prometido Mesías, y para que predicando penitencia dispusiese con anticipacion una plebe perfecta que le recibiera. El apóstol san Andres fué uno de aquellos espíritus dóciles que oyeron la voz del Bautista y le siguieron al desierto; fué uno de los dos que le acompañaban en las orillas del Jordan, cuando presentándose ya el Salvador, les fué indicado por su maestro, señalando con el dedo y diciendo *Ecce agnus Dei*: hé ahí el cordero de Dios. Desde entónces Andres se adscribió al discipulado de Jesucristo, y le siguió por todas partes. La importante noticia de haber visto al Mesías

prometido en la ley y en los profetas, y estar en su compañía y escuela admitido por discípulo, la dió al punto Andres á su hermano Pedro; y la dió con tan eficaz persuasiva, con tal peso de razones, con tal firmeza de fe, que le llevó tras sí, y le presentó á Jesucristo. Cuando despues se hallaban los dos pescando en el mar de Galilea, se presentó el Salvador y les dijo: « Venid en pos de mí y os haré que seais pescadores de hombres: » dejaron inmediatamente las redes, y le siguieron; fué porque ya Andres le habia conocido y seguido, y porque Pedro de él habia recibido instrucciones. Cuando mas adelante, en Cesarea de Filipo, quiso Jesucristo saber de ellos y demas discípulos la opinion que tenian formada acerca de su persona, y Pedro respondió con la confesion mas explícita y valiente de la divinidad que jamas se habia oído en el mundo, si bien por el dicho del mismo Señor, le habia sido revelada del cielo y del Padre eterno, no hay duda que tambien tenia motivos de credibilidad, y de estos habia adquirido de su hermano los primeros. Cuán importante en fin sea esta primitiva adhesion de san Andres al apostolado de Cristo, el mismo san Pedro lo acreditó implícitamente en el concilio de Jerusalem, al motivar la eleccion de un apóstol en lugar de Judas, que recayó en san Matías. « Conviene, dijo, que se elija de entre los que están aquí congregados, uno que sea con nosotros testigo de la resurreccion del Señor, y que haya andado con él empezando desde el Bautismo de san Juan. » Por cierto que de aquella fecha no habia mas que dos discípulos, uno que no se nos dice su nombre, y Andres. ¿Quién pues siguió al Salvador ántes que él? ¿Quién entró en su apostolado con mas tiempo? ¿Y quién podrá ser mejor testigo de sus maravillas?

Pero es de advertir, señores, que en esta primera época del apostolado de san Andres es en la que, preguntado Jesucristo por los primeros que le seguian sobre su habitacion y permanencia, es seguro que al manifestársela se referian aquellas palabras del mismo Señor: las raposas tienen cuevas y las aves del cielo nidos; mas el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza; luego las privaciones, pobreza é incomodidades eran ya entónces la dote y galardón que esperaba en el mundo á los discípulos del Salvador, y las que desde luego empezó á conllevar Andres.

Empezó tambien Jesus su predicacion divina por las ciuda-



des, aldeas y despoblados de la Judea, y en cuantas ocasiones nombra á sus apóstoles y les da la mision soberana de evangelizar el reino de Dios, hallamos mencion expresa de Andres, siempre unido á Jesus y en lugar preferente con su hermano Pedro. Un hecho le distingue todavía, aún en medio de la confusion de todos, y un hecho de los mas gloriosos y señalados en la historia de los milagros del Hijo de Dios. En aquel asombroso prodigio del desierto, en que Jesus multiplicó los panes para saciar la hambrienta multitud; el apóstol san Andres fué el que proporcionó los panes, presentó la materia en que la providencia y misericordia del Señor ejerciese su poder infinito, y sacó de ansiedades y conflictos á su dudoso compañero Felipe.

Oh! ¡De cuántos comentarios no es susceptible este magnífico suceso! ¡A qué comparaciones no se presta, y qué de figuras no hallaria yo en la sagrada Historia, y mas si á este pan prodigioso le quisiera dar con los Padres la significacion misteriosa del pan de los ángeles eucarístico! ¡Y qué no diria si hiciese una llamada anticipada al diálogo que en los últimos momentos de su vida sostuvo Andres con el procónsul Egeas! Señores, no hay casualidades para Dios, ni ante sus sabios designios: Andres presenta los panes en el desierto para que en ellos recaiga la bendicion divina, como recaía en el principio del mundo sobre la ofrenda de Abel, como recayó la del sacerdote Melquisedec sobre el pan que le ofreció Abrahan, como recayó la de Isaac en el que le presentó Jacob. Los panes que proporcionó san Andres fueron para fortalecer á un pueblo desfallecido, como los que dió Aquimalec á David, y los ángeles á Elias. Y los ofreció, y los proporcionó y los presentó san Andres, porque él señaladamente estaba destinado para ser algun dia el apologista denodado y valiente, el discípulo decidido y amoroso del Dios sacramentado en el adorable sacrificio del altar.

Señores, yo no puedo dispensarme de repetir aquí, que en la carrera apostólica de este santo discípulo del Salvador, hay ciertas especialidades nada comunes, que le elevan á una altura de mérito singular. No quiero yo decir, y Dios me libre, que sin el auxilio de San Andres, Jesucristo no hubiera podido obrar su milagro al otro lado del mar Tiberiades; Dios puede sacar hijos de Abrahan de las piedras, y tambien convertirlas en pan, pero hablo de un hecho que consta en el Evangelio, en el que quiso el Señor hacer intervenir de una manera directa á

nuestro santo apóstol. Y esto significa desde luego los altos designios que tenia sobre él.

Pero pasemos ya á presentarle de lleno en el teatro en que mas se distinguió por la imitacion de Jesucristo; hablo de su predicacion, de sus viajes á las partes que le tocaron para evangelizar, y de su asombroso sacrificio. Despues de la Ascension del Señor á los cielos y de la venida del Espíritu santo sobre los apóstoles, estos se diseminaron por diversos países á llevarles la buena nueva del Evangelio. San Andres marchó primero hácia el norte de Europa y predicó á los escitas, que hoy componen la Prusia: despues retrocedió al Oriente y anunció el Evangelio en el Epiro, país que al presente se apellida la baja Albania y compone parte de la Grecia, aunque está comprendida en la Turquía meridional europea: luego subió á la Tracia, que es en la actualidad la Rumania, ó Rumelia, segun la llaman los turcos, provincia situada á las inmediaciones del mar Negro, ó Bósforo de Tracia, del que tomó el nombre, y cuya capital es Constantinopla. Al fin se encaminó á la Acaya, ó Livadia, se detuvo en la ciudad populosa de Patrás perteneciente á la Morea, ó Peloponeso, para allí consumir su predicacion y su vida. Tan vasta extension de terreno y de países, aunque al parecer están en contacto por ser los tres últimos de la antigua Grecia, están divididos por golfos y brazos de mar, por escabrosas montañas y peligrosos desfiladeros, como el renombrado de las Termópilas; y si se pára la reflexion en su primer viaje desde Jerusalem atravesando de uno á otro extremo, en toda su extension de oriente á norte, la Europa y parte del Asia, volviendo despues á desandar lo andado, se formará un juicio exacto, siquiera de sus materiales trabajos: oh! ¡Y cuánto debe el mundo al ministerio santo de este apóstol! Cuánta era su fe! ¡Cuánto su amor á Dios, cuán grande su celo por la salvacion de las almas! Con razon le aplica la Iglesia en la liturgia de su fiesta aquellos misteriosos conceptos de Isaías, en que significa toda la importancia, trabajo y destino de su predicacion: *inventus sum à non quærentibus me: palam aparui iis, qui me non interrogabant.* Me hallaron los que no me buscaban, y me presenté á la vista de los que no pensaban en preguntarme. ¿Quién hubiera creído que un pobre, ignorante y desvalido pescador de Galilea, se habia de atrever á penetrar por lo mas florido y pujante del imperio romano hasta llegar á las



orillas del Báltico, y hablar allí con valor y firmeza de una religion que enseña humildad, templanza, moderacion y humanidad á pueblos feroces y bárbaros, á pueblos gentiles é idólatras, á pueblos guerreros y orgullosos; y plantar entre ellos el árbol prodigioso de la cruz del Salvador del mundo, echar las semillas de la civilización cristiana, y ahondar los sólidos cimientos sobre que muy luego se levantó esa bella, culta y consoladora sociedad europea, ese reino teutónico que tantos dias de gloria habia de dar á la Religion, en el mismo lugar y en derredor del santo sepulcro de Cristo? Santo mio, bendito Andres, el norte de Europa te debe mucho, te debe su cultura, su ilustracion, y si se quiere, la fuerza y lozanía de sus gobiernos, siempre fuertes y paternales, siempre en unidad y en progreso creciente, pero útil, benéfico, pacificador y humanitario.

Pero sigamos á este gigante en su camino; observemos los trabajos de este laborioso obrero de la viña del Señor; veamos cómo corre, cómo vuela á otros climas diversos, á países distintos y distantes, y sufre el peso del dia y del calor sin fatigarse, anda los caminos de la justicia sin cansarse de ella, y sabe cumplir en sí mismo las mortificaciones del Salvador. ¿Le veis entre los escitas? Pues ya está en el Epiro.

Pero no se crea por eso que Andres ha hecho su largo viaje con la libre comodidad y seguro pasaje que en el dia pudiera trasportarse cualquiera desde Berlin á Constantinopla ó á Atenas. El fuego de la persecucion de Neron ardia á llamaradas por toda la extension del imperio romano, y los cristianos eran buscados con exquisita diligencia para castigarlos con inaudita crueldad y encarnizamiento, como reos de sedicion contra el Estado: sobre todo contra los predicadores de la nueva secta, como llamaban los gentiles á la religion cristiana, era tal el furor que les inspiraba el demonio, que si les hubiera sido posible, á todos los habrian sacrificado en un dia. Este capital enemigo de Dios y de la verdad, los habia cegado hasta el punto de hacerles concebir la repugnante y contradictoria idea, de que los súbditos mas fieles y sumisos á las leyes imperiales, que eran los cristianos, como les echaban en cara los sabios apolo-gistas de la religion, se habian convertido en sus mayores y mas temibles enemigos. Cuánto fuese el odio entre ellos, y cuál el aspecto feroz que presentaban las autoridades y los pueblos entre sí para extinguir y maltratar á los seguidores de Cris-

to, es fácil conjeturarlo diciendo, que la guerra que se les hacia era una guerra de religion, solo comparable en sus excesos con las que al presente le han sustituido las pasiones políticas por principios y formas de gobierno. En unas y en otras los zelos por el mando y el egoísmo de los poderosos, es siempre la fuerte palanca que todo lo mueve y trastorna. Desde que los alucinados judíos trataron de perder á Jesucristo, y quisieron empeñar, comprometer y hacer cabeza de su pérfida causa á Pilátos, se pudo ya ver cuál seria en adelante el giro que tomarian los enemigos del Evangelio para desacreditar y perseguir á sus profesores. Si dejas á este, no eres amigo del César, decian los judíos á Pilátos: si no perseguís á los cristianos, se cae el imperio y perdéis el mando, decian á los jueces y procónsules gentiles: si no declaráis guerra á muerte á todos los que no piensan como vosotros, perdéis el mando, dicen hoy los partidarios de la intolerancia política, y persiguen hasta el pensamiento en nombre de la libertad y emancipacion del pensamiento. Qué sarcasmo! Siempre el mundo ha sido el mismo; el país de la mentira.

Ved ya, señores, con quién se las habia nuestro santo apóstol, y el estado del gobierno y el de la opinion cuando él salió como los demas discípulos á predicar el Evangelio, y cuando desde la Escitia europea se trasladó al Epiro de Oriente. Sin embargo su amor á Jesucristo y su celo por la salvacion de las almas le hacian arrostrar los peligros con gusto y alegría, puesto que por grandes que fuesen no podian llegar á otro extremo que el de perder la vida, y esto era justamente lo que él con mas ansia deseaba.

Así pues predicó allí por largo tiempo el Evangelio, convirtió innumerables gentiles á la religion verdadera y pasó á la Tracia. En este país hizo lo mismo y por fin se trasladó á la Acaya, que indudablemente era el campo señalado á sus victorias. Ya como soldado valiente y aguerrido, no se anduvo por aldeas, montes y despoblados; desde luego se dirigió al punto mas formidable y mejor defendido por los gentiles: entró en la capital, la célebre ciudad de Patrás, que tanto suena aun en nuestros dias; y con sus predicaciones, celo, amor, virtudes y trabajos formó una Iglesia, que aun hoy, despues del transcurso y vicisitudes de los siglos, conserva entre los griegos un rango superior en la categoría eclesiástica. Basta decir, que allí